

**Presentación del XVII Encuentro
de Estudiantes de Historia**

**Universidad Nacional de
Colombia, Sede Medellín**

Manuel Bernardo Rojas López
Universidad Nacional de Colombia

Número especial

Septiembre 2019

e-ISSN: 2422-0795



QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia

Facultad de Ciencias Humanas y Económicas
Sede Medellín



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA



QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia



Presentación del XVII Encuentro de Estudiantes de Historia Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín*

Manuel Bernardo Rojas López**

Me han delegado los organizadores del XVII Encuentro de Estudiantes de Historia: *La construcción del discurso histórico* que sea yo el que haga las palabras de presentación de los textos que hoy conforman esta publicación y que son buena parte de los que se expusieron durante los días del evento. Recordando un poco lo que fueron estos días, lo primero que se debe resaltar es que esta versión pareció gravitar, desde la charla inaugural del profesor Jorge Echavarría —el día 4 de septiembre de 2018— hasta la última ponencia —el 7 de septiembre—, alrededor de la escritura de la historia. Por ello, de modo recurrente en esos días siempre tuve en mientes la figura del escritor colombiano Pedro Gómez Valderrama. Ello por dos razones.

* Este texto fue escrito originalmente para la clausura del evento el día 7 de septiembre de 2018. Después fue modificado para ser la presentación de las memorias del mismo.

**Docente del Departamento de Estudios Filosóficos y Culturales de la Universidad Nacional de Colombia (Medellín, Colombia). Asesor del Comité organizador del XVII Encuentro de Estudiantes de Historia. Correo institucional: mbrojas@unal.edu.co



La primera, personal y dolorosa, con vindicta incluida, porque el libro de sus *Cuentos Completos*¹ me lo robaron hace mucho tiempo con la vieja estrategia que muchos utilizan: apelando a ese dudoso e impreciso vínculo entre humanos que llamamos amistad y que en realidad es, muchas veces, la excusa para pedir libros prestados que nunca se devuelven. Menos mal en esos compromisos “amistosos” siempre queda la posibilidad de dar la vuelta, y la persona que se alzó con mi libro tuvo que prestarme otro, *Anatomía del asco* de William Ian Miller, que francamente, es un libro que hoy tengo entre mis tesoros.

La segunda razón es más importante. Creo que Pedro Gómez Valderrama es una figura injustamente olvidada, tanto por los lectores comunes como por la mayoría de los historiadores. Los primeros, porque han perdido el criterio y prefieren libros con menos enjundia y optan por otros, fáciles y bobalicones como los de autoayuda (hay quien cree que puede arreglar la vida con un libro de bajo coste, pletórico de sentencias y aforismos que pretenden ser el *non plus ultra* del saber sobre lo humano) o por literatura de consumo rápido —como para leer en un aeropuerto o en la terminal de transporte, en medio de una algazara— que ancladas en unas colchas de retazos mitológicas y esotéricas, o en retorcidas teorías de conspiración aunadas con datos históricos, parecen ser el sumun del placer lector de muchos. Los historiadores, entre tanto, porque optan (junto con los filólogos, literatos y lingüistas) por hacer sesudos análisis de la obra del escritor de marras, pero pasan de lado, con pasos de paloma, sin darse cuenta de que allí, con una gran erudición, hay toda una enseñanza de cómo escribir la historia, y que esta escritura es un compromiso con el lenguaje y la creación.

Sin embargo, y a modo de ejemplo, una novela como *La otra raya del tigre* es una de las mejores interpretaciones que se pueden hacer de un hecho histórico: la presencia de los alemanes en Santander (y en todo el país) en la segunda mitad del siglo XIX, dedicados a la explotación de la quina, atormentados por las guerras civiles de nuestro país, queriendo entrar de lleno en las tramas del mercado mundial, y propiciando un mestizaje cultural y biológico que nos marca todavía².

1. En la maravillosa edición de Editorial Alfaguara.

2. Obvio, también hay excelentes trabajos de historiadores que cuentan la importancia económica y cultural de alemanes, ingleses, italianos, judíos, españoles y franceses en Santander, así como en todo el territorio nacional. Los trabajos de Clara Carreño y Cyntia Maldonado, David Johnson, Horacio Rodríguez Plata, Luis Rubén Pérez Pinzón y Manuel Alberto Garnica son prueba del interés que el tema ha suscitado en la historiografía colombiana.



En esta tierra extraña, le había escrito Lengerke a un amigo, se presentan de pronto situaciones cuyo manejo requiere máximo cuidado, porque el hombre enfrentado con la naturaleza, asediado por urgencias elementales, es una fiera implacable. Lo que se ve al vivir esta vida, no tiene registro posible fuera de la experiencia. Al mismo tiempo que se transforman en tigres, los hombres sometidos a la naturaleza adquieren un extraño candor, una sencillez elemental, así hayan pasado por los grandes centros de civilización, por las más importantes instituciones de la cultura, así tengan títulos, pergaminos, diplomas, libros. Están a punto de rebelarse, de matarse, de quebrarlo todo, y en ese momento debe saberse cómo se va a proceder.

Cuando Lengerke escribía, pensaba en las mil incidencias del largo camino de Barrancabermeja, y especialmente en un episodio que le había merecido siempre una reprobación regocijada y discreta, del padre Almeda.

[...]

El primer síntoma lo conoció Lengerke en uno de sus viajes de inspección, en un paraje particularmente arisco. De pronto por un encontronazo sin importancia asomó la reyerta entre dos hombres, que durante una hora destrozaron a machete sin que nadie pudiera acercarse, sin atender al propio alemán que se acercó a separarlos a riesgo de un mandoble.

Hablando luego con Strauch, le dijo —Lo que tienen estos hombres es falta de mujeres. Hay que hacerles un pueblo con putas—. El sitio era Infantas: se negociaron unas chozas, se construyeron otras, y ante el espanto del padre Filemón, su refugio empezó a crecer con una clientela más que escéptica.³

Obra monumental, plagada de barroquismo, *La otra raya del tigre* es, para muchos, un modo de conocer sobre un pasado que sigue configurando nuestro presente, pero para el historiador es sobre todo (o al menos debería serlo) una agradable enseñanza de cómo escribir historia. Pero no una historia que se preocupe por decir “la verdad”, sino una que se interese por cómo “construir una verdad”; es decir, hacer una interpretación. En este sentido, recuerdo en particular un cuento de Gómez Valderrama, cargado de ironía y poniendo en solfa el valor de las fuentes. Se trata del relato titulado *El historiador problemático*. Un hombre, esa es la diégesis del cuento, que era capaz de contar toda la vida de pasiones, amores, desdichas y demás entre Simón Bolívar y Manuelita Saénz, solo porque un loro, que había pertenecido a la célebre pareja, había llegado a una edad tal, casi increíble, que repetía sin cesar la historia de los dos amantes en todos sus detalles, incluso (o, sobre todo) los más íntimos. Lo problemático para el hombre que conversaba con un grupo o con una dama en una elegante fiesta, no recuerdo bien (me imagino una reunión en Bogotá a principios del siglo XX), era que la fuente no era fiable —la memoria de una parlanchina que nos hace incluso dudar qué es la memoria y qué es el lenguaje—, aunque el relato fuera, por

3. Pedro Gómez Valderrama, *La otra raya del tigre* (Bogotá: Siglo XXI, 1977), 116-117.



lo menos, verosímil. Además, en esa confusión, el límite entre la *history* y la *story* se diluía; y de un modo sutil, el escritor bumangués nos advierte que los más pequeños acontecimientos, incluidos los que imaginamos, están insertos en las grandes tramas de la historia.

Memoria, verdad, tropología, verosimilitud, son palabras que se utilizaron en distintos momentos durante el XVII Encuentro de Estudiantes de Historia; palabras que han llevado a hablar de Hayden White, Nietzsche y Paul Ricoeur, pero que siempre nos hacen pensar en Aristóteles y su confianza en lo poético como expresión de verdades generales, y al revés, su recelo frente a la historia como saber de lo singular. Pero, es que el estagirita, sin saberlo, abrió un camino que las poéticas y retóricas posteriores no han hecho más que retomar cada vez: sabernos en el artificio de lo metafórico⁴, el cual es el único modo de hacer mundo y la clave en el modo de hablar o escribir de cualquier cosa, de cualquier dimensión, incluyendo la historia. Más aún, poéticas y retóricas posteriores a las reflexiones del pensador griego, han basculado entre la aprehensión frente a nuestra condición artificiosa y la aceptación de la misma, a veces de modo entusiasta y otras con cierta cautela.

Para nuestra época, esa referencia a Aristóteles se vuelve en particular fructífera. Con, contra o por el estagirita, el terreno de la retórica —que resurgió gracias al giro lingüístico y hermenéutico de los últimos cien años— ha permitido a todos los que nos movemos en el terreno de las Ciencias humanas y sociales reencontrarnos con el poder del lenguaje, sabiendo que en el mismo nada sobra, que no hay nada que contar en sí mismo; sino más bien, que lo que importa es saber contar, expresar, escribir o hablarlo, de un cierto modo. Aunado con esto, el terreno de la poética, en buena parte por la experiencia literaria y artística de hace más de cien años en Occidente, nos ha revelado que se componen *obras* no por mor de emular lo dicho por el pensador griego hace casi veinticinco siglos, sino porque aun en contra de lo que él planteaba, componer con palabras es producir mundo, sentidos lábiles, y sobre todo, es entregarse a un *obrar-se* a sí mismo, donde cada palabra compromete el ser del que escribe.

Como historiador que ya no ejerce —o uno que al menos ha construido otra idea de archivo y elabora sus consideraciones con fuentes poco ortodoxas—, lo que espero de un encuentro de estudiantes, y en especial del impacto futuro, es que los jóvenes historiadores hallen el valor de la palabra en cada página que escriban, interpretando la historia, recreándola, quizás apropiándose, una vez más, de lo que expresara Pedro Gómez Valderrama en una de sus conferencias:

4. Resulta curioso que muchos no dimensionen que, en *Poética*, Aristóteles defina al hombre como un ser que “por naturaleza es un imitador”, que aprende imitando a otros... Lo cual quiere decir que se es hombre en el artificio, y que la naturaleza propia, es algo construido al tenor de lo que aprendemos y aprehendemos por imitación.



Hay una razón más para que el novelista llegue a la historia como cantera inagotable que es, a buscar temas y personas, la historia conserva en perspectiva lo más valioso, lo más significativo de la naturaleza humana. Esto puede ser, es, una limitación. Ese es justamente el gran desafío para el novelista. En este sentido la gran sentencia de Jorge Luis Borges es misteriosa y reveladora: "El pasado es modificable". Hasta cierto punto, yo me arriesgaría a decir que también lo es desde el punto de vista de la historia. Porque la historia no es inmóvil, es dinámica, sigue su marcha hacia un pasado incansablemente, y en ella, en sus maneras cada día más perfectas de interpretación y exploración, surgen esos cambios que nacen también en la imaginación del escritor.⁵

Reto que de alguna manera, y en muchos momentos, encontramos asumido en este XVII Encuentro de Estudiantes de Historia, y que nos lleva a esperar con ilusión que los que se forman ahora en esta disciplina, en el futuro, tendrán las palabras, las imágenes, la fuerza narrativa y la potencia creativa para ser los que cuenten para todos los ciudadanos de este país la dimensión de nuestras tragedias, de nuestras alegrías, hasta de nuestras miserias; que serán quienes expondrán al mundo, incluso a los no especialistas, que la historia vale en cuanto sabe hablar a nuestro espacio afectivo, a nuestra condición sensible.

5. Pedro Gómez Valderrama, *La leyenda es la poesía de la historia* (Caracas: Academia Nacional de Historia, 1988), 106.



QUIRÓN

Revista de estudiantes
de Historia